

LOS QUE NOS MIRAN

Pseudónimo: Katarite

MODALIDAD: RELATO CORTO

Autor local

—¿Por qué nos miran, abuela?

—No sé, hijo. Es lo que hacen siempre.

—Tú aún eres muy joven. No estás acostumbrado, como nosotros. Esta gente siempre viene y mira.

—No, si yo ya estuve el año pasado, pero... Me lo preguntaba entonces y me lo pregunto aún.

—Pues no hay que preguntarse tanto. Vienen, miran y se van. A eso se dedican.

—¿A eso se dedican, abuelo? Pues no entiendo nada. Sigo sin acostumbrarme. ¿Cómo se van a dedicar a esto, vestidos así? Además, se ríen de nosotros.

—No digas tonterías. ¿Cómo se van a reír de nosotros?

—Un poco sí que parece que se ríen de nosotros, Manolo.

—Pero, mujer... ¿Qué dices tú también? Les caemos en gracia, eso sí. Tienen buen ánimo los extranjeros estos.

—¿Buen ánimo? Hombre, un poco alegres sí que parecen. Pero no entiendo de qué van vestidos. Ni por qué nos miran.

—Es lo que hacen siempre, hijo, ya te lo ha dicho tu abuela. Anda, mira a ver tú en el móvil si te enteras de algo sobre esta gente que no sepamos. Pero ya te digo yo que, desde que tengo recuerdo, estos vienen aquí a mirar. Hay hasta algunos y algunas que han venido ya varios años. Ésa de ahí, por ejemplo. Ésa me suena de otras veces.

—Manolo, ¿tú crees que vendrán?

—Claro que van a venir, María. Ya te he dicho antes que esta vez vienen seguro.

—El año pasado dijiste lo mismo y no vinieron.

—El año pasado no me había puesto yo mis mejores galas. Mírame. La camisica nueva. Las alpargatas, nuevas también. ¿Y te has fijado en el detalle? ¿Has visto la boina? Voy hecho un *gentelmén*.

—Sí. Y yo he pasado por la peluquera también para la ocasión. Y me he puesto como medio kilo de colorete. Por eso me va a dar una *pesambre* de las gordas como no vengan...

—Seguro que vienen. Tú confía, ya verás.

—¿Esto duraba mucho? Yo es que había quedado.

—A ver si tenemos paciencia. Levanta el cartel que se lea bien, anda.

—Me siento estúpido aquí sentado, sosteniendo este cartel, que tiene hasta faltas de ortografía...

—Válgame. Aún le dura el pavo al chiquillo, María.

—Se dice adolescencia, abuelo. Y no. Ya no estoy en edad de ser un pavo. Ni tampoco un pelele, como para estar aquí sosteniendo cartelitos para que un grupo de mamarrachos vestidos de dios sabe qué ...

—Oye, relájate un poco. A ver si lo vamos a estropear todo ahora.

—Javi, por favor, hazlo por tu abuelo y por mí. Aguanta un rato sin hablar. Tú sólo aguanta un ratico aquí con nosotros y sostén el cartel, que se lea bien. Y luego te vas con tus amigos donde tú quieras.

—He quedado con una chica, abuela.

—¿Ah, sí? Vaya, vaya. Se nos hace grande el chiquillo, Manolo.

—Abuela, que ya tengo una edad.

—Pues no te queda a ti nada para tener una edad, tunante. ¿Te recuerdo que es tu segundo año aquí con nosotros?

—Sí. Y veremos a ver si el año que viene vuelvo. A mí me gusta estar tranquilo y a mi bola, abuelo. Esto de ser el centro de atención no va conmigo... Mira, ¿adónde va ésa?

—A echarse una foto contigo. No seas vinagres y sonrío.

—Pues no quiero sonreír, abuelo. Estoy harto. De sonreír, de estarme quieto, de estar callado y de sostener carteles. Además, no soy el único. La chica con la que he quedado piensa igual. Es concejala de la oposición y está plantada en la calle de al lado. Es verdad que no somos muy afines en cuanto a ideas políticas, pero nos hemos gustado. Además, ¿quién sabe si lo que yo tengo entendido sobre ella es lo que piensa realmente, o es algo que otra persona ha escrito en su cartelito y le ha dicho que lo sostenga mientras pasan por aquí todos estos? Igual ella es una esclava de las circunstancias, como yo.

—Yo lo que sé es que como no te calles te voy a arrear un bastonazo...

—¡Manolo! ¡No le hables así a tu nieto! Aquí hemos venido a pasar un buen día en familia. A que nos hagan fotos, nos miren y a esperar a ver si vienen. ¡Virgencica, por favor, que vengan! Si vienen, te rezo tres avemarías...

—No creo que se pueda comprar a ninguna virgen con rezos, abuela. Con todo el respeto te lo digo.

—¡Pero serás...! ¿Cómo le hablas así a tu abuela? No te vamos a dejar que te sigas viendo con esa concejala. Los de la política no son una buena influencia.

—Y lo dice mi abuelo, que hace un minuto quería agredirme con el bastón.

—Qué agredirte, ni que ocho cuartos... Yo lo que he dicho es que te voy a arrear un bastonazo como no te calles.

—Da igual, Manolo. En realidad, tu nieto lleva razón.

—María, mujer, no le des la razón. ¿No ves que él se queja porque está en la edad?

—Le doy la razón porque la tiene. Yo también estoy cansada de ser un fenómeno de feria. Y de esperar siempre a ver si vienen... Estoy cansada de andar esperando a gente que nunca viene a vernos. ¿Sabes qué, Manolo? Que me voy a casa. Prefiero estar en casa tranquila, a seguir aquí y que se rían de mí. Vámonos, Javi. Vamos a buscar a la chica ésa con la que has quedado, que la vea yo.

—Vale, abuela. Venga, ven, que te ayudo.

—¡No! Pero, ¿dónde...?

Los dos peleles se desploman en el suelo. Nieto y abuela. Quedan congelados en sendas poses de lo más extrañas. Al abuelo, de los nervios, se le ha caído el cartel al suelo.

Lástima que no había nadie allí para asistir a su intento de escapada. Al rato, llegan hasta allí los miembros del jurado. Observan la escena. Desde varios ángulos. La abuela yace de costado en el suelo. El nieto, sobre la mesa baja en la que hay un par de racimos de uvas y unos chatos de vino volcados. El abuelo está torcido en su silla. Se le ha caído el bastón y el cartel.

—¿Tú lo entiendes? —dice uno de ellos a una compañera.

—Supongo que habrán sido unos gamberros —dice ella—. No creo que esto sea así.

—Pues nada, sigamos.

Hacen un garabato sobre su portafolio. El grupo prosigue la marcha, pero uno de ellos se queda allí, observando a los tres peleles. Los del jurado reparan en que han perdido a uno de sus miembros y se detienen a esperarlo. Cuando sale de su estado catatónico, corre a reunirse con los demás.

—¿Qué pasa?

—Te has quedado ahí pasmado mirando. ¿Está todo bien?

—Vosotros me conocéis y sabéis que no soy muy dado a creer en asuntos paranormales, ni nada del estilo...

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que os juro —dice con una sonrisa incrédula— que me ha parecido escuchar una voz, como si fuera la de uno de esos peleles, diciendo: *Es la última vez que vengo aquí con vosotros*. ¿Tiene algún sentido? ¿Os dice algo esa frase? A mí tampoco.